

Colón. Me quedo mirando un largo rato por aquellos sitios llenos de árboles, palpitantes de color.

— ¿Qué busca? me dice mi compañero.

— El sitio en que levantará Barcelona la estatua de Fortuny.

— ¿La hormiga y la cigarra?

— Si; unidas y reconciliadas por la meditación. Vea Vd. aquel otro ángulo; allí irá el monumento á Balmes. El filósofo de Vich estará sentado, con la cabeza apoyada en la mano, y la mirada hundida en el pensamiento.

MARSELLA

Viaje en ferrocarril: comenzado al amanecer cuando los millares de pájaros de la Rambla de Barcelona formaban entre los árboles una verdadera ebullición de notas, como si en cada rama se hubiera colgado una campanilla, y terminado cuando las luces eléctricas de la estación de Marsella alumbraban en plena media noche, ya cansadas y pálidamente brillantes.

El trayecto de Barcelona á Marsella no ofrece gran interés: cerros y viñas; los primeros parecen torres de Babel. Tal aspecto les dan los escalones que, sostenidos por paredes de piedra, trepan hasta la cumbre á fin de formar planos horizontales superpuestos de tierra casi artificial en que plantar. Las grietas de la roca en que existe un poco de tierra vegetal; las sinuosidades de la orilla arenosa del rio, todo sirve, todo se utiliza para plantar un olivo ó una hilera de viñas. Cuando yo, recordando aquella fecunda tierra virgen de nues-

010579

tra patria, que se ofrece casi gratis al esfuerzo humano, rebotante de vigor y fecundidad, veo estas tierras así agotadas y trabajadas, me asalta el recuerdo de esas madres mendigas, cuyo seno casi vacío exprime el pobre niño buscando en vano con avidez jugo de vida en alguna glándula de esa fuente exhausta.

Aquí la tierra es como un organismo vivo: como el buey ó el caballo que sirven para labrarla: es necesario darle alimento sin cesar, para que no se muera de inanición. El arado en ella es puñal.

En nuestra patria, la tierra pide á gritos un surco, un simple surco y una semilla, para reír de gratitud y alegría en la flor, en la espiga, en el racimo. Para ella el arado es el bien venido; es el esposo que la hace madre en la edad del amor.

Pocas impresiones tengo que comunicarte de este trayecto; pero, ¿cómo pasar por *Gerona* sin recordar su gloria? Veo, al pasar, vestigios de antiguos baluartes que parecen pedazos dispersos de la mohosa armadura de un gigante que allí cayó sobre el escudo.

¡La buena España! ¡Yo no puedo recordar sin entusiasmo sus glorias!

Hoy he sentido en mí la prueba más poderosa de que mi cariño á esa tierra tiene hondas raíces.

Portbou es la última estación española; próxima á ella está la montaña pirenaica, atravesada por un túnel.

Entramos en él por territorio español; y, dos ó tres minutos después, salimos á territorio francés y nos detenemos en la estación de Cervère. Ese túnel me parece una noche de un minuto entre dos grandes auroras.

Estamos en Francia.

Todo ha cambiado.

¿Es en sentido favorable ó adverso?

Yo no lo sé; ¡sólo sé que me siento extranjero por primera vez en la vida!

Y sin embargo estábamos en Francia, la grande nación que nos es tan simpática y querida. Más aún: estábamos en el mediodía de la Francia, en la antigua *Provincia* romana, en el Languedoc que el mismo romano no confundía con la Galia, y que conserva todo el carácter, toda la tradición y todos los grandes monumentos que señalan el paso de la gran nación conquistadora, madre común de los pueblos latinos, por las riberas del Mediterráneo. Ese territorio no era la Galia; era la *Provincia*, provincia romana; por él no había solución de continuidad entre Roma y la histórica Tarragona, y las márgenes del Ebro, teatro de las grandes guerras de César.

¡Y sin embargo me sentía extranjero!

¿Era acaso porque tú y mis hijos quedaban del otro lado del monte?

Quizá: pero ¿por qué ese monte, y no los otros que había atravesado, constituía un muro de separación?

Que yo me sentía mucho más lejos de Uds. que media hora antes era indudable ; era evidente también que me notaba casi raro.

¡Ah! Era que, por primera vez en mi vida, estaba hablando una lengua extraña, en el país en que ella es instintiva en todos menos en uno.

El muro que yo sentía no estaba entre Francia y España ; estaba entre mi idea y mi palabra que se desconocían mutuamente y se detenían un momento á reconocerse antes de fundirse. España y Francia tropezaban dentro de mi mismo.

Esa sensación dura poco, sin embargo ; cuando uno menos lo piensa, se sorprende á si mismo hablando en francés ; un día de respirar aire de Francia, enseña más que un mes de curso ó de lecturas.

Y con la lengua, va penetrando poco á poco en uno el nuevo espíritu, el carácter nuevo, insensiblemente.

Y eso se efectúa mucho más rápidamente de lo que es de presumir ; el acento, las formas del trato mutuo, la fogosidad ó la calma, la indiferencia ó la pasión, la cortesía ó la dureza, todo eso, que es una especie de irradiación moral del hombre, pueblo, como la luz, el medio ambiente de los diferentes pueblos, dándoles un carácter propio al que necesariamente se va adaptando nuestro espíritu, como se adaptan nuestros pulmones al aire que respiran.

Entremos pues, en Francia, devolviéndole el saludo, notoriamente fino, que nos hace por órgano

de todos los nuevos tipos que se ofrecen á nuestro examen : de los empleados de la estación, de los de la aduana, de la mujer de acento cadencioso que vende los billetes y nos cambia la moneda, del gendarme de luciente tricornio que contesta solícito á nuestra pregunta, indicándonos nuestro rumbo.

Una vasta llanura limitada por los Pirineos, cuyas más altas cumbres se ven nevadas en el horizonte lejano, atraviesa el ferrocarril. El mar Mediterráneo aparece inmenso y azul á nuestra derecha ; sus olas se rompen con ruido de hervor en las rocas de la costa á cuyo lado pasamos.

Port-Vendres ocupa una de las muchas ensenadas que forma el mar.

Me ha quedado grabado en la mente su recuerdo, mas aún que el de Perpiñan y Certe y Narbona, por un pequeño cementerio que vi, al pasar, en el mismo centro de la población, y que seguí con la vista largo tiempo, á medida que nos alejábamos. Junto á los cipreses que asoman por las tapias y acompañan los sepulcros, brotan, muro de por medio, los árboles que asombran las casas vecinas. A la sombra de estos juegan los niños ; á la de aquellos duermen los viejos, los abuelos... y también otros niños que se durmieron más temprano, antes de ser de noche, como los pájaros.

Y te aseguro que no encontré diferencia alguna entre unos y otros árboles ; todos proyectaban la

misma fresca sombra, y los rayos del sol descendían entre las hojas transparentes con igual brillantez á tocar el suelo del camino ó de la huerta, y el del sepulcro. Como yo lo miraba todo desde arriba, veía perfectamente lo que pasaba.

¡ Oh! ¡ Mirando desde arriba, hay tan poca diferencia entre la vida y la muerte !

¡ Pero cuánta viña han plantado en esta llanura! Esa es la impresión que persiste en este trayecto, hasta llegar á Marsella. Se me ocurría, al ver esto, que no era tan desatinado el deseo del viejo contraamaestre de la zarzuela : con poco más, con sólo inclinar la llanura sobre el Mediterráneo, Dios hubiera hecho de vino el mar.

¡ ¡ Arles! ¡ Y no poder detenerme en Arles!

Yo deseaba hacer un viaje por el mediodía de Francia, por la Provenza ; visitar la tierra de los felibres y del *Gay saber* ; llevar á Mistral á Avignon muchos abrazos que traía para él de sus amigos de Madrid y el mio muy especialmente ; y preguntarle á él mismo por los sitios que recorrió Mireya, por las dunas, por los vientos.

Como antes te lo he dicho, la Provenza tiene vinculos especiales indudablemente con todo lo que es de raza española : y todo ello no es otra cosa que el origen romano, cuyos grandes vestigios existen en el mediodía de Francia, quizá tanto como en Italia ; *Arles, Valence, Avignon, Nîmes, Toulouse, Orange*, conservan monumentos que yo deseaba con ansia conocer.

Se me ocurre que á España pasa con los romanos, lo que á nosotros los Hispano-Americanos nos pasa con España. Invoca ésta entre sus glorias á Numancia y á Sagunto y canta á Viriato ; invocamos nosotros las Piedras y Chacabuco y Maipú, y cantamos á Artigas, á San Martín y á Bolívar.

Todos hacemos bien.

Pero, en resumidas cuentas, ni España reniega hoy de su origen romano, ni nosotros del nuestro español.

Pasamos por Tarascón. No vi á Tartarin, pero sí á un príncipe de Montenegro, compañero de viaje, que se empeñaba en ser nuestro guía en Marsella : le di las gracias, porque no iba á cazar leones, ni mucho menos.

¡ Gracias á Dios que estamos en Marsella! El tren entra triunfante en la estación iluminada con luz eléctrica que parece de luna aproximada á la tierra : son las once y media de la noche.

No hemos comido.

¿ Dónde hay un restaurant? pregunto al administrador del hotel *Petit Louvre*, en que nos alojamos.

A pocos pasos de aquí, me dice, está *la Maison Dorée*, el primer restaurant de Marsella.

Pues vamos allá.

Dos ó tres espléndidos salones divididos entre sí por arcos y pilares ; profusión de luz ; sofás de terciopelo carmesi y mesas de mármol ; espejos in-

crustados en las cuatro caras de los pilares ó en los grandes lienzos de muro. Y, en ese medio cargado de ácido carbónico que hace languidecer las amarillas luces del gas, un mundo de hombres y mujeres que se mueve, se agita, fuma sin distinción de sexo, canta *sotto voce* y bebe y juega. Descuella entre los demás ruidos la carcajada vibrante é histérica de la mujerzuela, carcajada que brota de aquí y de allá : del grupo más cercano á nosotros, del que ocupa el ángulo opuesto, allá á lo lejos. Las *cocottes* discurren en todas direcciones; pasan y repasan ante las mesas como los *teru-leros* de nuestro país cruzan por el aire; se sientan y vuelven á levantarse; se acercan á los espejos á componerse el peinado aunque no esté descompuesto, sobre todo si para llegar á ellos tienen que pedir permiso al que come tranquilamente su *beef-steak*.

Veó pasar por todas partes ojos transparentes en que mira la tisis con triste intensidad; pómulos pálidos con pinceladas de un rosado vivo; languideces de hastio sacudidas por movimientos de juventud artificial, juventud de oficio; sonrisas que parecen flores de sepulcro.

En el fondo de todo ese movimiento de oleaje de mar, ¡ cuánta inmovilidad de pantano!

Esas luces de gas amarillas y lánguidas, ¡ tienen tanto de luz de cirio!

Una mujer sola está sentada hace largo rato allí, al lado de una mesa redonda, mirando tristemente á todos los que pasan, con ojos de mirada honda

que arde en el fondo de ellos como llama livida de alcohol.

La luz de las lámparas de gas cae pesada, como si fuera líquida, sobre muchas cabezas calvas; los mozos de café corren entre las mesas sosteniendo en alto, en las puntas de los dedos, las bandejas; algunos concurrentes cruzan el salón callados y taciturnos, con las manos en los bolsillos; otros forman grupos bulliciosos, con ese bullicio de aturdimiento compuesto de risas que no rien, de admiraciones que no se admiran. Esas gentes se divierten todo lo que pueden, y sin embargo sienten que no se divierten, y se resignan á hacer consistir el goce en aparecer divertidas.

Veó desde mi mesa una cara que ríe mucho; entre una y otra explosión de risa se queda seria, fatigada; esas risas me parecen calambres de los músculos faciales que quedan doloridos por la contracción.

Un joven, casi un niño, enteco, hundido de pecho, delgadísimo de extremidades, pálido de tez y con largo cabello negro que le llega hasta los hombros en que se hunde la cabeza, lee en un rincón un libro de versos y fuma su pipa.

Muy de vez en cuando, alza la cabeza y pasea la mirada indiferente y abatida por entre el tumulto. Es un aborto poeta. Este café es su gabinete de estudio; en estos invernáculos nacen y se desarrollan muchas de las flores literarias que hoy aspiran las almas en la sociedad moderna; son flores

calientes, flores con fiebre, que se morirían si recibieran una gota de rocío del cielo.

Se siente mucho de eso en la producción literaria de las grandes capitales modernas. Almas borrachas, que producen resplandores fugaces é inconsistentes, nacen y mueren entre el bullicio de una vida sin ideales; las estrofas arden con intermitencias de llama de alcohol movida por el aire; en el sopor de la voluptuosidad pasan formas disparatadas que son cogidas al vuelo en un momento de inspiración que es un espasmo del cansancio, en un resplandor del alma que se quema y se consume para encender algunas estrofas. Los dioses griegos se aparecen al poeta en esos momentos y vemos salir entonces seres híbridos é inconsistentes: una Minerva ebria, una Palas con brillo de lujuria en los ojos sin pupilas. ¡La belleza griega en un café de París! ¡El día encerrado en una habitación para ser visto á la luz del gas!

Otras veces el helenismo consiste sólo en palabras tomadas de la mitología ó quién sabe de dónde, y puestas al servicio de una lánguida voluptuosidad que no conocieron los Griegos. La poesía es entonces una música de palabras helénicas que dan á la estrofa vacía el prestigio de los clásicos recuerdos; pero no le dan el calor de vida que esas vibrantes palabras tenían cuando, emanadas del pueblo que las formó, eran el ritmo espontáneo del alma griega y su hermosa irradiación. Todo eso es

falso, pues; es el esfuerzo de la impotencia que, incapaz de producir lo bello, se empeña en sustituirlo por lo raro; que rechaza lo espontáneo por que es viejo, y procura envejecer los niños para hacerlos nuevos. De ahí no puede salir una literatura.

Brotan también del Café versos devotos, poetas místicos y religiosos de *boudoir*. El incienso huele entonces á esencia de *patchouli*; los nombres y las invocaciones sagradas suenan á profanación y rayan á veces en blasfemia.

Otros blasfeman francamente de todo; su originalidad consiste en averiguar todo lo que ha amado ó ama la humanidad; todo lo que ella ha venerado y venera: Dios, familia, tradiciones; y decir mal de ello, fundando una nueva filosofía madurada en tres ó cuatro años de vida de café-concierto.

Unos poetas hablan entonces de los otros; se comparan mutuamente con los grandes genios de la humanidad, se clasifican en escuelas, en sistemas, en grupos de astros ó constelaciones; se estimulan con sus mutuas calificaciones, en las que todo, aun lo más estólido, se atribuye al resplandor del genio independiente, audaz, ciego, soberano... Pero es indudable que el siglo se está poniendo, y este crepúsculo secular es triste.

Yo, francamente, siento profunda tristeza en esta *Maison Dorée*, al mirar al joven poeta tísico que

está frente á mi, y leer en mi espíritu el reflejo que forma esa figura melancólica al pasar por sobre él.

Es indudable que el vicio es tristeza; sólo la virtud es alegría verdadera y permanente.

Llega á la mesa inmediata á la nuestra una muchacha de ojos y cabello negros, vivaracha, movetiza como un pájaro. Tiene, también ella, sus pinceladas de carmin en las mejillas morenas: la mordedura de la muerte en la sangre.

Todos hablan y vocean en francés; ella, que también ha estado charlando á gritos en esa lengua, canta ahora *sotto voce*:

*Pobre chica,
La que tiene que servir;
Más valiera,
Que se llegara á morir.*

Y sigue:

Caballero de gracia me llaman...

Es española y nos ha reconocido como compatriotas. Nosotros seguimos impertérritos con nuestra chuleta, lo mismo que un hombre viejo y rechoncho, de cabeza muy pequeña y piernas muy gordas, que, con la servilleta atada al cogote, que parece salir de madre, mastica y engulle furiosamente, inclinado sobre el plato.

Ahi tienes, esbozado á la ligera, el primer cuadro que me ha tocado en suerte en la ciudad francesa que primero he conocido.

¿Entonces es cierto, me decia á mi mismo, lo que nos cuentan de Francia? ¿Es esto Francia?

¡ Oh! ¡ Nò! Eso es lo que flota, lo que se vende al extranjero que llega y pasa, y habla de ello generalmente después, y escribe á veces, y se hace órgano del rumor y de la vida del *boulevard* ofreciéndolo como reflejo fiel de una sociedad en que ha vivido ocho ó diez días, y en la que no ha conocido una sólo familia porque estas tampoco han querido conocerle.

Felizmente para Marsella, la luz del día se encargó de desvanecer esa impresión de la noche.

Al salir á la calle por la mañana, una mañana brillante y fresca, y llegar hasta el puerto, lo primero que llama la atención es el cerro que domina á este y á toda la ciudad. Sobre el cerro se levanta un santuario terminando en esbelta torre bizantina; y sobre esta, proyectándose en el cielo como en su nimbo, se alza nitida y colosal una estatua dorada de la Virgen con el niño en los brazos. Aún á la distancia en que estábamos, veíamos claramente su actitud, casi su sonrisa y la del niño; se vela el cielo al través de los calados de su corona; se distinguían los pliegues de su manto entre la sombra.

Me pareció una aparición y un desagravio.

Es *Notre-Dame de la Garde*, patrona de aquel pueblo. *Maris Stella*.

Tomé un carruaje y subí a la cumbre del cerro.

Desde allí, desde los pies de la Virgen, se ve tod Marsella; se ve su puerto, su posición sobre e mar, sus hermosos alrededores, sus costas y sus islas : también se ve su alma.

Los millares de *ex votos* que tapizan las paredes de la iglesia de la Virgen, verdadero primor de arquitectura bizantina, consisten principalmente en planchas de mármol con inscripciones :

Oh madre mia de la Guarda : te debo mi hijo, dice una con una fecha al pie ; *Madre mia de la Guarda*, dice otra, *tú sola sabes mi secreto : apiádate de mi!* Otra tiene sólo una fecha, otra sólo un nombre, otra un cuadro que representa un naufragio; otra una escena de familia en que un enfermo lucha con la muerte.

Esto también es Francia, también esto es Marsella. ¿Por qué entónces, á título de realismo y de verdad, me presentan sólo lo otro?

Te diré de paso que, al subir al cerro, me encontré con la *rue Montévidéo*. Ya te imaginarás la buena impresión que me causó ese nombre que lei y relei con cariño. Es una de las buenas calles de la ciudad.

Pero lo que constituye el orgullo de los marseleses es la *rue de la Canebière*, arteria principal de la villa.

Sin duda algún maligno parisiense fué el que atribuyó á un marsellés aquel dicho que se hizo popular :

« *Si Paris avait une Canebière, ce serait un petit Marseille.* »

Diga lo que quiera el chusco parisiense, la verdad es que los marseleses pueden estar orgullosos de su hermoso *boulevard*, como pueden estarlo de su nueva catedral de estilo romano-bizantino que está por terminarse, de su *Palais Longchamps*, con su Museo de Historia Natural y Bellas Artes, y muy especialmente de su espléndido puerto, uno de los mas notables del mundo.

En este termina precisamente el gran *boulevard* de la *Canebière*, como las Ramblas de Barcelona pero en Marsella el puerto interior se extiende angosto en la misma dirección del boulevard, de modo que parece una prolongación de este. Los grandes edificios que limitan la calle por ambos lados, continúan, después de un ensanche, limitando el puerto interior ó *puerto viejo*, franjeado de amplios muelles ó malecones; el mar parece, pues, que se introduce en la ciudad por una gran calle líquida que es, á mi sentir, la que da su carácter propio á Marsella.

No esperes que yo te describa calles ó *boulevares* de grandes ciudades modernas; yo, francamente, no los veo; me cargan en razón directa de su magnitud. Eso de condenarse á verlo todo an-

dando en caterva; á ser espectador y espectáculo á la vez; á verse siempre arrastrado por el torbellino de hombres y de cosas que se quitan mutuamente todo carácter sin crear ninguno nuevo; eso de ver desfilan ó atropellarse mil objetos heterogéneos fuera de su sitio, y de oír los mismos vulgares ruidos de siempre, más ó menos amontonados y estrepitosos : coches, omnibus, carretas, vendedores de periódicos, peatones que cruzan azorados las calles; eso de ver colores que jamás se funden para dar tono á ese cuadro chillón que me trae á la memoria los cuadros pintados en dos horas sin conciencia artística por un charlatán en un escenario; todo eso me saca de quicio : hay tanto ruido que yo no oigo; hay tanto color que yo no veo.

En cambio, este puerto interior me despierta vivo interés; le encuentro colorido y carácter; incita á tomar apuntes del natural, á mirar largamente un tipo pintoresco, un grupo que se mueve en su ambiente propio.

La innumerable cantidad de vergas y mástiles metidos dentro de la ciudad, alineados á lo largo de los malecones atestados de mercancías, y entre cuyas cuerdas ondean en primer término banderas de todos colores, constituye una especie de andamio sutil y aereo; los cordajes se cruzan en todas direcciones y forman una inmensa telaraña que se pierde allá á lo lejos, trazando sólo rayas ténues en el cielo.

Allí, al lado de los muelles, en el agua negra é inmóvil, están echados los grandes barcos, cuyos bauprés se adelantan hacia arriba, y que semejan una hilera de pájaros enormes que levantan el pico. Bajo ese gran palo de proa viven esos muñecos de madera pintada que parecen echados en el aire, diosas, sirenas, náyades, bajo los cuales se lee el nombre del buque en letras doradas ó blancas, sobre fondos azules, negros, rojos.

Esos barcos que, vistos en libertad cuando cruzan el mar, parece que tienen músculos, y arterias, y circulación de sangre vigorosa, y aire de vencedores, mirados ahora de bruces, los unos al lado de los otros, como en trahilla, lácios, marchitos, con el cuello estirado hacia el seco muelle, con el casco sucio y chorreado fuera de la línea de flotación, parecen pájaros con el vientre hinchado ó peces enfermos, ó hipopótamos de jardín zoológico que, en su charco artificial, languidecen y mueren soñando con los juncos del desierto.

Entre uno y otro buque, se ve de vez en cuando un pedazo del plano de azogue negro del agua inmóvil en que aquellos están enterrados; no se concibe cómo podrán desencajarse de allí; el agua parece mas pesada que sus cascos de madera ó de hierro : se diría que es naturalmente sólida y que la han derretido en aquel gran estanque como en un caldero de hervir brea.

Y sin embargo, un gran barco de vapor que hace largo rato está humeando, arroja una bocanada mayor de humo espeso como algodón negro de su enorme caño, humo que se revuelve y atropella como una multitud que sale huyendo y se arremolina en una puerta. De los agujeros del liso y alto casco negro salen, á flor de agua, como largos estornudos que forman una neblina flotante; el vapor comprimido se escapa con ruido de hervor por los tubos, por los resquicios; suenan toques de campana; el capitán está en el puente con su gorra galoneada y su levita de botones dorados; los pasajeros, recostados en la borda, miran largamente por última vez la tierra; los marineros andan corriendo de un lado al otro; tiran de las cuerdas, enrollan cabos, levantan escalas, cierran portales con estrépito. Vuelve á sonar la campana, se oye una corta é imperiosa voz de mando, y sale del redondo caño, apresurada y en tropel, otra multitud aérea, otra bocanada de humo más espeso y negro que el primero. Por la popa del barco comienza á hervir el agua, hierve un momento, se detiene, y vuelve á agitarse. Es que el monstruo dormido en la orilla ha despertado, vive, agita la cola, se mueve lentamente como si se desperezase; bufa de nuevo, arrojando chorros intermitentes de vapor comprimido por las branquias de hierro; el agua inmóvil se agujerea en rededor suyo formando como embudos giratorios que cambian de sitio; él se revuelve entre ellos, y entre grandes manchas de espuma; toma rumbo,

y parte, lanzando un largo y ronco grito de triunfo por su silbato de bronce que arroja un vigoroso aliento de vapor blanco.

Anda al principio con cuidado, á tientas, temiendo hacer daño, y mirando con compasión á sus compañeros que quedan ahí inertes, achataados; alicaídos. El está ya hermoso: circula la vida por todo su organismo; sus nervios están en tensión; olfatea la libertad, el desierto inmenso de agua limpia y azul en que viven las tempestades espumantes; mira hacia adelante, hacia el horizonte; oye el oleaje de allá lejos, el que viene del puerto exterior, y lo oye como el caballo que siente el galope de otros caballos á su lado.

Va á Malta, á Egipto.

¡Buen viaje!